

Pedro Selva

Categorías Literarias



CONFESARE que nunca he podido creer demasiado en los críticos. El mayor de todos, el dictador de las letras europeas en su tiempo, uno de los hombres más inteligentes, sabios y finos del mundo, Sainte-Beuve, «condulante y diverso», erró casi constantemente, no diremos al definir a sus contemporáneos, porque aquel demonio, hasta equivocándose, daba en el blanco, sino al medirlos y ubicarlos. A Baudelaire lo consideró una especie de curiosidad rara que tenía su kiosko exótico al margen del buen gusto, por allá, cabe una Kamchatka literaria. Insistió demasiado en el estilo de Balzac, ese lenguaje abigarrado, compuesto de bazar oriental y casa de remates, estilo «tout asiatique», más cubierto de abalorios y quebrado de miembros que un mimo antiguo. A Víctor Hugo... Pero será mejor no hablar de Sainte-Beuve y Víctor Hugo.

Esta falta de fe en los críticos en cuanto jueces de

la actualidad no me quita, por cierto, interés para leerlos y compararlos, siempre, claro está, que sean interesantes y no unos escritores o unos majaderos extraviados en la crítica.

Porque para todo hay especialidad y vocación, sin excluir el arte de dar su opinión sobre los otros.

Tampoco esta falta de fe me amedrenta cuando siento ganas de comunicar mis pareceres.

Al contrario.

Si la crítica no es un magisterio grave según graves autores pretenden; si cualquiera, incluso los mayores, pueden equivocarse y se han equivocado en ese territorio; si únicamente se trata de conversar con un amigo y decirle lo que uno piensa, lo que siente, lo que imagina a propósito de los libros y los literatos... entonces ¿qué importa hablar, cuál es su terrible trascendencia y por qué no hacerlo con entera libertad, sin pesar y medir y volver a medir y volver a pesar tanto las palabras?

De mí no depende el destino del mundo.

Pues, soberbias aparte, vamos allá.

* * *

La Academia Chilena de la Lengua, correspondiente a la Española, acaba de elegir a dos nuevos académicos y un jurado oficial ha otorgado el Premio Nacional de Literatura: cien mil pesos.

He aquí actos de alta y efectiva crítica literaria.

Nada, de opiniones, análisis, reparos, elogios y censuras: hechos, títulos, dinero contante y sonante. Los comentarios vendrán después.

Como, por ejemplo, éste...

Delante de esos hechos que afectan a las letras nacionales, me he preguntado si acaso, en realidad, corresponde a la intención que llevan de ennoblecerlas y estimularlas. Y si yo habría hecho lo mismo.

Es-lo que se pregunta cualquiera.

Con entera franqueza debo responder: no.

Los nombrados y los premiados me parecen de primer orden, Don José Miguel Irarrázaval Larraín, aunque no muy conocido en los círculos literarios y que casi no podría llamarse escritor, sino historiador o, mejor dicho investigador de la historia, y también filólogo o, más bien, un hábil coleccionador de vocablos, hourará, sin duda, el sillón académico de don Domingo Amunátegui Solar, quien, poco menos, lo dejó designado antes de morir. Es hombre cultísimo, excesivamente modesto, vacilante, hasta tímido, cosa que sorprende en persona de tal categoría y trabajará mucho en la Academia. Augusto Iglesias, sucesor de Montaner Bello, es el polo opuesto de su colega Irarrázaval: enteramente desprovisto del complejo de inferioridad, terminante, verboso, expansivo, de una gran simpatía personal y de una generosidad imaginativa espléndida, italiana, no solamente es muy conocido en el mundo de las letras nacionales sino que hasta podría decirse que es demasiado conocido, [Cuánto ha escrito, cuánto ha

publicado! Novela, verso, cuento, teatro, historia, filología, sociología, biografía novelada y sin novelar, ensayo: tomen ustedes una lista de los géneros y me ahorrarán trabajo.

Sin embargo, no estoy contento.

Es que hay otros. Por desgracia, hay otros. ¡Si no existieran más! Pero existen: he ahí lo malo.

Existen, desde luego, los cuatro premios nacionales: D'Halmar, Edwards Bello, Latorre y Neruda. Ninguno es académico. Existe Barrios, el premio reciente, y Garrido Merino, autor de la novela de escritor chileno mejor escrita, más literariamente hermosa, por donde se la mire: «El Hombre en la Montaña», suficiente ella sola para no olvidarlo; existe Max Jara, a quien nadie recuerda, aunque ha dado los más bellos poemas de nuestra literatura; existe Rodríguez Mendoza, rival vencido de Iglesias (o de don Arturo...) que tiene páginas de antología; existe Juan Guzmán Cruchaga con su canción inmortal; existe Rafael Maluenda, sabroso, vigoroso, musculoso, ligado al criollismo por lazos imperecederos y que lo ha realzado y ennoblecido; existe el sutil y amable Julio Barrenechea y, también, ese formidable pensador, historiador, honra de Chile, el cerebro más activo que ha brotado en el país, el más original y potente: don Francisco Antonio Encina.

Van doce.

Y tenemos todavía al primero de todos, al que es

una vergüenza pública que no pertenezca a la Academia ni haya recibido aún el Premio Nacional. Pedro Prado, el gran prosista de Chile, el más puro, hondo, sereno y definitivo artista de las letras, traspasado de poesía y de pensamiento, orgullo no ya de un país, sino de una lengua.

¿Por qué ninguno de éstos tiene opción a los honores académicos? ¿Acaso estos honores exigen vejez, variedad, pompa social, apellidos, cargos resonantes, figuración ostensible, cualquier cosa, menos efectivo talento literario, solidez de cultura y buen gusto fino?

Ejerzo el derecho de preguntarlo. Pueden los responsables usar del que tienen, perfectamente reconocido, a no responder... Es lo que se llama libertad de pensamiento.

Vamos así, tan libremente, al otro punto.

Eduardo Barrios ha recibido el Premio Nacional de Literatura. Está muy bien. Eduardo Barrios es todo un escritor, un límpido autor de páginas transparentes, de novelas humanas que han tenido vastos ecos fuera del país y que alguno, desde el extranjero, consideró las más representativas del espíritu ibero-americano, dentro de esas líneas en que están Güiraldes, Gallegos, Rivera. «El niño que enloqueció de amor», «Un Perdido», «El Hermano Asno», constituyen títulos suficientes para las mayores recompensas.

Está bien, muy bien.

Pero estaría mucho mejor si, antes que Barrios, no estuviera Pedro Prado. Por encima de las divergen-

cias críticas, cierta jerarquía se impone aún a los legos. A continuación del autor de «El Cura Deusto», debió premiarse al autor de «Alsino».

Esto, naturalmente, en la inteligencia de que, un fatal decreto imponía al Premio Nacional, la afrenta de no haber concedido, oportunamente, el primer galardón a la primera que lo merecía, a la que ha recibido ahora otro tan alto que ya el nuestro le resulta poco.

Dicen que se quiso salvar ese error y darle a Gabriela Mistral el Premio 1946. Se temió que lo rehusara. Se temió caer en el ridículo internacional. Y se prefirió la conducta del viejo castellano: sostenerla y no enmendarla.

Por lo demás, Gabriela carece de partido político y los lectores chilenos han podido ver, no sin asombro, el artículo de Préndez Saldías en que denuncia valerosamente las asechanzas político-administrativas a que los miembros del jurado para otorgar los cien mil se ven expuestos. Edwards Bello renunció por el fastidio que le causaron. Préndez, más luchador, se mantuvo en la línea y resistió presiones, sugerencias, tentaciones. A él se debe el que esta alta recompensa, pese a su tropiezo inicial, no haya decaído aún.

* * *

Siento la transformación inevitable que estas reflexiones concretas y personales en torno al problema

abstracto de la categoría y la crítica literarias van a experimentar si acaso llegan a publicarse.

Ya las veo distintas, duras y estrechas, en el papel.

Me las he formulado inofensivamente lejos de la ciudad, leyendo diarios, hojeando revistas, frente a una enorme ventana, más ancha que alta, por la cual entran copas de árboles que el otoño ha hecho madurar, y tejados remotos, y praderas perdidas allá en el valle.

He procurado seguir la corriente de esa opinión general que se llama el sentido común, el parecer de la mayoría, perceptible, más claro tal vez, a la distancia, desde la altura.

Pero ¿lo conseguiré?

No importa. Todos tienen su parte de razón. La crítica contemporánea no existe y únicamente se dan impresiones, imágenes, preferencias mentales y sentimentales. En el fondo, algo muy confidencial y casi del fuero íntimo.

La verdadera crítica, la única inapelable, pertenece al futuro y la hará la memoria de los hombres del porvenir. Si acaso los hombres del porvenir reservan en su memoria un hueco a la literatura...

San Francisco de Las Condes, mayo de 1946.